

sas donde se quiebra la espada de Mahoma, se destruye el feudalismo y se prepara la civilización del mundo. El pontificado constituye los reinos modernos, consagra las dinastías que reinan aun, y sobre las cuales Dios no ha pronunciado aun su última sentencia... El pontificado contribuyó á mantener las luces que en los tiempos de barbarie parecieron completamente extinguidas. Cuando la Europa se agitaba en medio del conflicto terrible de los reyes entre sí, de los reyes con el feudalismo, y del feudalismo con los pueblos, ¿cuál hubiera sido su suerte, si la sola autoridad reconocida entonces no hubiera tomado con mano fuerte las riendas de la civilización? No las tomó, no, para usurpar, sino como el marinero que en la confusión de una tempestad se apodera del timón para conducir á puerto el bajel, ó como el soldado que en medio de una batalla y falta de jefes, se apodera del mando y salva al ejército.

Jesucristo edificó su Iglesia sobre Pedro, y prometió que las puertas del infierno no prevalecerían jamás contra ella. Hemos atravesado el discurso de 19 siglos: hemos contemplado grandes y terribles vicisitudes, y hemos visto comprobada esta eterna verdad. Desde los tiempos más remotos hasta los que hemos presenciado en nuestros días; en medio de los tronos que vacilan al viento terrible de las revoluciones, el pontificado permanece siempre fuerte hoy, como lo era hace diez y ocho siglos. El anciano que lo posee, no tiene ni tropas que puedan imponer su voluntad, ni oro que pueda comprar el voto de sus enemigos; y sin embargo habla siempre sin temor, y millones de voluntades aguardan su decisión para recogerla con amor, para someterse á ella con obediencia. Hombres que nunca lo han visto, que jamás lo verán, que no hablan su idioma, que habitan bajo otro cielo, allende los mares, en las extremidades de la tierra, acatan su ley, que ninguna fuerza material les impone. Podrá algún día faltarle todo apoyo humano; podrán arrancar esa corona que Carlo-Magno puso sobre la frente del pontificado; pueden hacer todo esto, y han logrado hacerlo; pero no podrán arrancarle la corona espiritual que Jesucristo ha colocado sobre su frente. Se ha visto á los Pontífices arrojados en diversas épocas de Roma, y hemos presenciado tres veces esta catástrofe en nuestro siglo; empero el pontificado no perece por esto;